

# LOS DOS MUNDOS

---

**Luisa Josefina Hernández**

15 de marzo de 2000

## PERSONAJES

RAMÓN MIRELES, criollo, 55 años  
EUSEBIA PATRÓN, española, 49 años  
SEBASTIÁN SANTANDER BRITO, criollo, 28 años  
ROSE OF SHARON DAVIS CAMDEN, mulata, 37 años  
JUAN JOSÉ FIERRO DE LUGO, español, 40 años  
GALATEA, india, 73 años  
FRANCISCA BAEZA, española, 63 años  
DIODATA, india, 20 años  
DON APOLINAR CAMDEN, inglés, 64 años  
LUGARDA PALOMO DE CAMDEN, negra, 28 años  
MARTÍN, indio, 28 años  
PADRE VALENCIA, español, 60 años

*Un puerto del Golfo de México, hacia el sureste. 1886.*

## ESCENA I

*Una habitación en un lugar apartado y selvático. Hay una mesa, dos sillas, dos mecedoras. De la pared cuelgan los bultos inconfundibles de las hamacas recogidas. Afuera hay un patio con un tejadillo que sirve de cocina, un brasero, ollas, trastes. Un pozo. La impresión es de pobreza extrema, sin paliativos, pero hay ciertos detalles que indican una condición económica híbrida, los muebles importados de Europa. Mucho ruido de selva, pájaros, de vez en cuando el grito intermitente de las guacamayas. Diez de la mañana. En una mecedora está sentado RAMÓN MIRELES. Tiene cincuenta y cinco años y representa diez más. Sin rasurar, con el pelo más largo de lo que se usa, con anteojos. Apenas vestido con una camiseta de manga corta y un pantalón blanco viejo, grisáceo. Está descalzo. Lee con atención un libro grueso.*

Entra EUSEBIA PATRÓN sin llamar. Es una mujer delgada, nerviosa, impaciente. Viene vestida con sencillez pero con la ropa adecuada: botines altos, falda de dril, blusa de manga larga. Sombrero de paja. Al ver a MIRELES se sorprende.

EUSEBIA (desagradable): Vaya, está usted aquí.

RAMÓN MIRELES (de pie): Sí, llegué anoche.

EUSEBIA: Sharon está conmigo, le dio paludismo por enésima vez. (Él guarda silencio, sabe que EUSEBIA no lo quiere bien.) Vine solamente a ver cómo andaba todo y a darle de comer a los animales. Sharon no se sintió con fuerzas.

RAMÓN MIRELES: Ya les di de comer.

EUSEBIA: Muy bien, entonces me retiro. Con permiso. (Él baja la cabeza, algo que no llega a ser una inclinación. Ella lo ve, casi se va, pero da media vuelta y lo enfrenta.) No. No me retiro. Estoy decidida a hablar con usted de una vez por todas.

RAMÓN MIRELES (indiferente): Tome asiento.

Ella se sienta, piensa, se debate, duda, le cuesta hablar.

EUSEBIA: No sé si viene al caso mi intervención. Pero quisiera... no discutir, desde luego... más bien hablar de Sharon y de los muchachos.

RAMÓN MIRELES: Adelante, en veintitrés años, nadie, pero nadie, me ha hablado de ella y menos de mis hijos.

EUSEBIA: Las circunstancias eran poco propicias. Pero el caso es que los muchachos necesitan un acta de nacimiento como inevitablemente iba a suceder. Y Sharon sencillamente no encuentra solución... No quiere que se apelliden Davis Camden, como ella. Dice que son los dos apellidos de doña Melania puestos sin duda con la intención de evitar el mal efecto que hace un sólo apellido.

RAMÓN MIRELES: ¿Y qué más? (Eusebia calla.) ¿Tiene usted alguna sugerencia?

EUSEBIA: Puedo aportar solamente mi manera de pensar, no una sugerencia. Las personas deben llevar los nombres de quienes los engendran.

RAMÓN MIRELES: ¿Aunque su padre sea un cura?

EUSEBIA: Hace años que no lo es. En el pueblo nadie se acuerda de ustedes.

RAMÓN MIRELES: Nunca vamos. O por lo menos no voy yo. Sharon se ha dado algunas vueltas. (Sonríe, EUSEBIA no se da por aludida.) En lo demás se equivoca. No existe un sólo papel que compruebe mi... deserción.

EUSEBIA: Pero no oficia usted.

RAMÓN MIRELES: Lo he hecho cuando me ha parecido necesario. En mis años de trabajo en los chiclerías he visto que se necesita más un cura que un médico. También en las capillas de las haciendas, en donde jamás se para un cura a confesar y a decir misa.

EUSEBIA: ¿Y usa usted su nombre?

RAMÓN MIRELES: Ciertamente.

EUSEBIA: En algunas haciendas se conoce su historia.

RAMÓN MIRELES: Nadie me la ha echado en cara.

EUSEBIA: Los muchachos no tienen fe de bautismo ni acta del Registro Civil.

RAMÓN MIRELES: Puedo hacerme de valor y presentarme al Registro Civil. A una iglesia, no. Pero los Camden no tienen fe de bautismo, son protestantes. Don Apolinar, por ejemplo.  
EUSEBIA (*lo piensa*): Eso es cierto. Entonces los muchachos pueden contar con el acta.

*Pausa.*

RAMÓN MIRELES: ¿Algo más? (*EUSEBIA calla.*) ¿No le parece a usted necesario decirme para qué necesitan una identificación?

EUSEBIA: Puede decírselo Sharon. Lo del acta, no se atrevía.

RAMÓN MIRELES: Hágame usted el favor. Sharon suele ser confusa en sus explicaciones.

EUSEBIA: La señora Ilse Larsen quiere mandarlos a Europa con sus propios hijos. Se llevan bien.

RAMÓN MIRELES: ¿Y quién paga por eso?

EUSEBIA: Yo, con el dinero de doña Melania. Son sus nietos.

*RAMÓN MIRELES enmudece, luego:*

RAMÓN MIRELES: Siempre me olvido de que Sharon es rica.

EUSEBIA: Sharon no tiene a su nombre ni un centavo. Pero doña Melania, con la anuencia de don Apolinar, me autorizó a ayudarla en casos de emergencia.

RAMÓN MIRELES: ¿Y éste es el primer caso de emergencia?

EUSEBIA: Sí. (*Lo mira de frente, baja los ojos.*) No, en realidad no. Ha habido otros. El hambre, las enfermedades, los malos partos. Sharon ha perdido varios hijos por descuido. Nunca estaba usted presente cuando nacían sus hijos.

RAMÓN MIRELES: Estaba trabajando. Concédame usted por lo menos que le he entregado a Sharon hasta el último centavo que ha caído en mis manos.

EUSEBIA (*despectiva*): Espero que no sería el dinero de las limosnas.

RAMÓN MIRELES: No he aceptado limosnas. Si un hombre trabaja, no requiere limosnas. (*Con violencia en la voz:*) Salga de aquí, Eusebia Patrón. Lástima que Sharon y mis hijos no puedan prescindir de las limosnas que les da usted, Ilse Larsen, los Cabrera y todos los otros que, con su pureza, han comprado el derecho a socorrerlos. (*EUSEBIA no se mueve. Es un reto.*) Dije salga de aquí. (*Se acerca a ella, la levanta por los codos, la pone en el patio y allí la deja. Luego entra a su cuarto, tranquilo en apariencia. Toma el libro que estaba leyendo.*)

EUSEBIA (*desde afuera*): Ese libro que está leyendo es de don Apolinar, lo traje yo.

RAMÓN MIRELES (*leyendo*): Lástima.

*Sale EUSEBIA. Él sigue leyendo. Este hombre ha perdido la suerte de ofenderse. Oscuro.*

## ESCENA II

Mismo lugar. Medio día. RAMÓN MIRELES tiene dos naranjas en un plato, está pelando una sin dejar de leer. Luego la desgaja y come.

Se acerca por el patio un hombre joven, vestido de dril, filipina y pantalón, botas altas, sombrero de jipi. Es SEBASTIÁN SANTANDER BRITO. Muy quemado por el sol, muy rubio, con las manos callosas, SEBASTIÁN es el prototipo del hacendado de esos rumbos. Con una diferencia: está orgulloso de su calidad moral y de las bondades de su vida doméstica. Su defecto es, sin duda, cierta frialdad que resulta mas bien distancia, protección de lo que ama.

SEBASTIÁN (desde afuera): Buenas tardes. (Mireles quisiera no oírlo, no despega los ojos del libro.) Buenas tardes.

Cuando SEBASTIÁN ya se acerca a la puerta abierta, MIRELES se levanta.

RAMÓN MIRELES: Buenas tardes.

Los dos se encuentran sorprendidos de verse. Es obvio que se conocen, pero no se ubican de inmediato.

SEBASTIÁN (amable): Perdón si molesto. (Lo mira mejor.) Creí que esta casa pertenecía a la Naturaleza.

RAMÓN MIRELES: Así es.

SEBASTIÁN: En ese caso, estoy pisando terreno prohibido. Me llamo Sebastián Santander Brito.

RAMÓN MIRELES: Tome usted asiento. (Sebastián lo hace.) Le ofrezco una naranja. No hay aquí más que un saco de naranjas. (SEBASTIÁN la toma y empieza a pelarla, con una sonrisa.) ¿Buscaba a alguien en especial?

SEBASTIÁN: Sí. Pero ahora estoy confundido. Buscaba al padre de dos jóvenes, Miguel y Gabriel, quien según dicen ellos, trabaja en los chiclerías casi todo el año.

RAMÓN MIRELES: Ellos son mis hijos.

SEBASTIÁN: Pero... (Lo mira mejor.) ¿Usted no estuvo en El Amanecer la Navidad pasada, confesando a los peones y bautizando a sus hijos? (Se oyó mal, a él le suena mal, pero muy mal.) Perdone usted la pregunta, es absurda.

MIRELES se recoge en sí mismo. Jamás se acostumbrará a explicar su situación.

RAMÓN MIRELES (finalmente): No es absurda la pregunta. Mi vida es absurda. Por eso, en ningún momento me hice presente en la casa grande. Allí estuve, sí.

SEBASTIÁN se ruboriza como si la extravagancia fuera suya. Piensa en lo que oye, sin embargo.

SEBASTIÁN: Sí. Nos pareció extraño. Se fue usted de la hacienda sin haber recibido ni un centavo y, según me dicen, ni siquiera comió ni aceptó regalos.

RAMÓN MIRELES: Error. Comí dos zapotes y unas guayabas. ¿Para qué soy bueno?

SEBASTIÁN está avergonzadísimo, daría algo por no haber venido.

SEBASTIÁN (*por fin*): Es cosa de mi cuñada, la señora Cabrera, Ilse Larsen la llaman todos. Quiere que sus hijos vayan con los de usted a un internado en Francia. Y bueno, no sabemos cómo se apellidan, ni ellos tampoco, al parecer.

RAMÓN MIRELES: Ellos lo saben, pero no lo dirán a menos que yo lo autorice. Me he comprometido a presentarlos al Registro Civil, hoy mismo, hace unas horas. Estuvo aquí Eusebia Patrón.

SEBASTIÁN: ¡Cómo! ¿Eusebia ha sabido de esto todo el tiempo y no lo decía?

RAMÓN MIRELES: Eusebia es un cementerio de secretos.

SEBASTIÁN (*se reiría en otra ocasión*): Esa es la mejor forma de decirlo. De manera que todo está arreglado. No me queda sino despedirme y pedirle a usted perdón por la molestia.

RAMÓN MIRELES: Quisiera pedirle un favor: (*SEBASTIÁN asiente con solicitud, como si estuviera a la cabecera de un enfermo.*) Hábleme usted de mis hijos, hace cinco años que no los veo, desde que tenían diez y doce años.

A SEBASTIÁN esta petición le parece justa. Siente compasión.

SEBASTIÁN: Eusebia los trajo a El Amanecer, con nosotros. Y allí estuvieron bien y contentos. Pero luego Ilse Larsen quiso llevárselos a La Paloma para que la ayudaran en un negocio de frutas en almíbar y pastas de fruta, en principio. Pero Ilse se encantó con ellos y terminó dándoles clases junto con los de ella, que son tres o cuatro años menores. Hablan francés y sobre todo inglés mejor que todos nosotros. Gabriel tiene grandes dotes para el dibujo. En Miguel se nota una pasión por la cultura, lee cuanto libro le cae en la mano, y mi suegro, don Jerónimo Cabrera, piensa que estos talentos no deben desperdiciarse. Pero aquí no hay manera de que uno aprenda más que lo indispensable, y eso, si tiene suerte.

RAMÓN MIRELES (*avasallado ante tanta buena voluntad*): No sé por qué sentía antipatía por la señora Larsen, sin conocerla. En realidad era falta de información. Renuencia de mi parte a recibir esa información. Quizá mi deseo de no avergonzarlos. (*Pausa.*) Y ya puesto en ese camino, quizá usted quisiera decirme qué trato se les da. Entiendo que llegaron a La Paloma como sirvientes.

SEBASTIÁN (*serio*): Ilse Larsen jamás ha tratado a nadie como sirviente. Es sueca y se casó con mi difunto cuñado Gervasio Cabrera. Llegó aquí días después de la muerte de él, es una mujer educada y progresista, cosa que aquí no entendemos. Sus hijos reciben el mismo trato que los de ella, comen con ellos, visten igual, duermen en la casa grande.

RAMÓN MIRELES: Eso quería saber, muchas gracias. Esta felicidad es la primera en mucho tiempo. (*Está conmovido, SEBASTIÁN también, pero se contiene.*) ¿No han dicho quién es su madre?

SEBASTIÁN: Una amiga de Eusebia. Ilse Larsen jamás los cuestiona. Y nosotros, menos.

RAMÓN MIRELES: Ellos hablaban inglés desde niños.

SEBASTIÁN no pregunta, mira el libro sobre la mesa.

SEBASTIÁN: Los Girandinos de Lamartine. (*Lo toma.*) Bendito sea Dios, pero si es el ejemplar de don Apolinar Camden, este libro lo han leído todos los Santander. Hasta alegría me da verlo.

*(Vuelve a dejarlo sobre la mesa, con deseos de saber más. RAMÓN MIRELES espera una pregunta que no viene.)*

RAMÓN MIRELES: Su visita ha cambiado algo. Estaba dispuesto a darles mi apellido. *(Pausa.)* ¿No será un error? Eusebia dice que la verdad es básica, pero si la verdad muestra una conducta errónea, cargarlos para toda su vida con esa verdad es un error.

SEBASTIÁN: Eso tiene que resolverlo usted. ¿Cuál es su nombre?

RAMÓN MIRELES: Ramón Mireles.

SEBASTIÁN *(sorprendido)*: ¡Pero si usted casó a mis padres!

RAMÓN MIRELES: Sí. Casé a doña Dulcinea con su padre.

*SEBASTIÁN piensa en varias cosas. Por fin se decide.*

SEBASTIÁN: De eso hace más de treinta años, pero su nombre se oye sólo en mi casa. Jamás lo he escuchado en otras casas ni en el pueblo. Con esto quiero decir que a parte de los enojos y delirios de mi pobre mamá, no se sabe quién es usted.

RAMÓN MIRELES: Bien. Quizá nunca se vuelva a oír mi nombre y ellos puedan llevarlo sin pasar vergüenzas. Gracias de nuevo. Cuando oficio como sacerdote, no digo mi apellido, será por eso.

SEBASTIÁN *(se levanta)*: No vacile usted en buscarme si tiene algún problema o necesita algo. Ya sabe, en El Amanecer. *(Le tiende la mano como si no prefiriera no estrechársela. MIRELES la acepta.)*

RAMÓN MIRELES: Gracias. Espero no tener que molestarlo.

SEBASTIÁN: Para nada. Con su permiso.

*Sale caminando de prisa. En realidad se alegra de respirar otro aire. No es una amistad que quisiera haber hecho y a nadie le contará esa entrevista, ni siquiera a su mujer.*

*Oscuro.*

### ESCENA III

*Hacienda La Naturaleza. Una especie de península entre el río y el mar, de vegetación espesa y entrada estrecha. Cuando sube la marea llega a ser una isla. La propiedad abarca un gran terreno por los dos lados de la isleta, con vegetación tropical. Estamos frente a una casa sencilla, mitad bodega, usada siempre para almacenar lo que las indias trabajan en la isleta: hamacas, ropa blanca, hipiles, etc. También hay productos alimenticios. Esta casa sale al camino, pero está cercada y ostenta un letrero: «La Naturaleza. No pase. Propiedad Privada». Debajo del letrero hay una campana. Pero las transacciones se llevan al cabo en el pórtico donde hay butaques, mesa, costurero. La autoridad máxima es EUSEBIA PATRÓN, albacea de doña MELANIA CAMDEM; tiene con ella a ROSE OF SHARON DAVIS CAMDEN, hija de doña MELANIA, por unos días.*

*EUSEBIA está sentada junto al costurero. Muy derecha, encorsetada, cosiendo con maestría una tela blanca. Sale de la casa SHARON, muy delgada, apenas cubierta con un hipil, descalza. De su juven-*

*tud conserva los alborotados rizos rubios, la prestancia, la altanería de los ojos verdes; proyecta inconformidad, violencia y amargura. Sale y se sienta.*

EUSEBIA: Ponte unas chancletas, vas a echarte a perder los pies. (*SHARON entra a la casa y sale casi enseguida con unas chancletas viejas. EUSEBIA las ve con ojo crítico.*) Voy a conseguirte otras.

SHARON (*desangelada*): Bueno, ¿y qué pasó? ¿Ya llegó Ramón?

EUSEBIA: Llegó desde ayer y le dio de comer a los animales. Le dije que tenías las fiebres palúdicas.

SHARON: No es novedad. Hoy estoy mejor. Me voy, entonces.

EUSEBIA: Está de acuerdo en presentarse al Registro Civil. Pero no sé si será bueno hacerlo en el pueblo, por los muchachos. A estas alturas los conocen tanto como a los Cabrera. Como nada más hay este registro, creo que es mejor llevarlos a Mérida. O no lo sé. Quizá debo pedir consejo.

SHARON: Qué raro que tengas dudas sobre algo. Todo sería más fácil si Ramón y yo estuviéramos muertos. Eso se me ocurrió desde que te di a los niños.

EUSEBIA: Te equivocas. Nadie iba a creernos. Y hasta me iban a acusar de fraude. No hay ninguna constancia de que ellos sean tus hijos. Tienes que vivir y él también.

SHARON: Lo dices como si estuviéramos muriéndonos.

EUSEBIA: Tú empezaste esta conversación. Los dos están débiles, mal nutridos y sin duda enfermos, pero no moribundos. Tienes escalofríos. (*Entra a la casa SHARON y sale casi enseguida con un rebozo de algodón. Se cubre los hombros.*)

SHARON: ¡No te aburres de decirle a todo el mundo lo que debe hacer?

EUSEBIA: La pregunta es así: ¿por qué todo el mundo necesita que yo lo diga? Hay cosas evidentes y necesarias. Yo nunca hablo de un asunto cuando tiene diferentes resoluciones. Además...

SHARON: Hay alguien en la puerta.

*Efectivamente, se oye sonar la campana. SHARON entra a la casa. EUSEBIA va a abrir la puerta. Allí está JUAN JOSÉ FIERRO DE LUGO, un español alto, delgado, con restos de apostura. No está vestido como un hacendado, salvo el sombrero, que es de pajilla. Lleva ropa vieja pero reconocible en cuanto a la calidad; absurda en la selva. Levita, pantalón, chaleco, botines.*

JUAN JOSÉ: Buenas tardes, señorita Eusebia.

EUSEBIA (*con respeto*): Pase usted, señor Fierro.

*Pasa, se sienta en el butaque con cierto grado de confianza. EUSEBIA también.*

EUSEBIA: ¿Está usted acalorado? Tengo un buen refresco de guanábana.

JUAN JOSÉ: Con un ofrecimiento así... Gracias.

EUSEBIA (*en voz alta, cerca de la puerta*): Galatea, haz el favor. Unos refrescos.

JUAN JOSÉ: Galatea.

EUSEBIA: Si algún día tiene curiosidad, le puedo mostrar el registro de las indias, desde que llegó aquí doña Melania hasta la fecha. Esos son nombres.

JUAN JOSÉ: ¿Siguen llegando?

EUSEBIA: Por épocas. A veces pasa un año y yo creo que estamos fuera de moda. Y de pronto llegan cuatro en condiciones pésimas. Se nos murieron dos hace unos meses.

JUAN JOSÉ: ¿De las haciendas yucatecas?

EUSEBIA: De todas. Salvo quizá de El Amanecer, de La Paloma y de alguna otra. El Mirar y El Gozar mandan tres o cuatro al año. Ya sabe, con otro tipo de maltrato.

JUAN JOSÉ (*asiente*): Unas porque tuvieron que ver con don Sebastián, a otras las traen sus madres para protegerlas.

EUSEBIA (*tranquila*): Parece mentira que don Sebastián no haya dejado de llenarnos de niños sin nombre o con nombre. Apenas se puede creer.

JUAN JOSÉ: Así es. Por lo menos en El Mirar y en las otras todo el mundo está bien nutrido y no hay castigos corporales. (*Pausa.*) Bueno, pues vengo a encargarle una cantidad de hamacas y de sábanas, justamente para El Mirar, El Gozar y El Cielo. También quisiera trapos de cocina, de limpieza y alguna otra cosa que a usted se le ocurra. Ya sabe como estamos. Hay abundancia pero es un esfuerzo mantener el orden.

*EUSEBIA saca de su costurero un cuaderno de apuntes con su lápiz correspondiente.*

EUSEBIA: ¿Cuántas hamacas?

JUAN JOSÉ: Siete y las de repuesto.

*Entra GALATEA con charola, jarra y vasos. Usa hipil y chandletas.*

GALATEA: Buenas tardes, don Juan.

JUAN JOSÉ (*galante*): ¿Qué tal, muchacha?

GALATEA (*riendo*): Felices los ojos que lo ven. (*Deja la charola y sale.*)

EUSEBIA (*sirviendo el refresco*): Cada vez que le dice usted muchacha, empieza a caminar muy rápido y se cae.

JUAN JOSÉ: El gusto no se lo quita usted. (*Pausa, recibe el refresco.*) Dos docenas de trapos de cocina, dos docenas para secarse las manos y dos docenas para sacudir. Si tiene usted plumeros largos para el techo, serán muy bien recibidos. Unos seis. Agarraderas para las ollas calientes, una docena. Creo que pueden necesitarse unos pabellones; serán cuatro, porque los moscos están muy alebrestados. Y si algo más le viene a la mente...

EUSEBIA: Una docena de camisones para dormir de popelín delgado, usted los distribuye como quiera.

JUAN JOSÉ: Es cierto, no hay. (*JUAN JOSÉ toma refresco.*) Estas tardes, aquí en La Naturaleza.

*Sin aviso previo sale SHARON de la casa, vestida como para ir a Los Dos Mundos, un burdel que ha frecuentado. El vestido le queda un poco estrecho, lleva el escote bajo, el pelo recogido, zapatillas de terciopelo. El vestido es de seda rosa.*

EUSEBIA: ¿Quién te dio esa ropa?

SHARON: Adivina. (*Atraviesa hasta quedar frente a JUAN JOSÉ, quien se ha paralizado.*)

EUSEBIA: ¿Adónde vas?

SHARON: A Los Dos Mundos. (*Hace una caravana burlona.*) Con permiso del señor.

*Sale. JUAN JOSÉ ha quedado perfectamente quieto, tan inmóvil que EUSEBIA, quien hace intención de detener a SHARON y luego se arrepiente, cae en la cuenta de que algo sucede.*

EUSEBIA (*de pie junto a él*): Señor Fierro. ¿Qué le pasa? (*Le pone la mano en el hombro y él empieza a deslizarse al suelo. Ella lo detiene.*) ¡Galatea! ¡Tráeme el frasco de aguardiente!



*Entre tanto, EUSEBIA lo sopla con el sombrero que él trae. JUAN JOSÉ parpadea, está recobrando el sentido. Entra GALATEA con lo pedido. EUSEBIA moja en aguardiente un lienzo de su costurero y se lo hace oler. Él empieza a respirar acompasadamente.*

JUAN JOSÉ (apenas): Perdone usted, Eusebia. No sé qué me pasó. Fue un desvanecimiento, me pareció ver.... (De pronto se cubre la cara con las manos.) Perdone usted.

EUSEBIA (luego de una pausa): Perdone usted, en todo caso. Así son las gentes como ella: inesperadas. ¿Vino usted a pie?

JUAN JOSÉ: Vine en el tílburí.

EUSEBIA : Voy a acompañarlo hasta El Mirar, luego regreso con un mozo. (A GALATEA:) ¿En qué se fue Sharon?

GALATEA: En la carreta.

EUSEBIA : Vaya, a ver si vuelvo a ver la mula. (A JUAN JOSÉ:) Vamos, señor Fierro.

*JUAN JOSÉ, desencajado, se deja llevar; apenas puede andar. Lo sacan entre EUSEBIA y GALATEA. Oscuro.*

#### ESCENA IV

*Al día siguiente. Cubo del zaguán de Los Dos Mundos. Música más o menos de baile, la orquesta es mala, pero apenas se oye. El cubo del zaguán es espacioso, tiene un biombo al fondo y otro a la izquierda. Luce un gran parecido a las casas de familia en cuanto al acostumbrado moblaje de mimbre, butaques de cuero, mesa para jarras y vasos. DOÑA FRANCISCA BAEZA está sentada a un escritorio escrupulosamente ordenado; aquí hace sus compras y demás negocios. Viste discretamente pero no deja de maquillarse y peinarse con esmero. Nadie la tomaría por una señora del pueblo, por ejemplo. Entra JUAN JOSÉ FIERRO DE LUGO, tan pálido como si no hubiera podido comer ni dormir. Vestido igual. Con un temblor en las manos y algo decidido en el rostro.*

JUAN JOSÉ: Buenos días, doña Francisca.

*Ella se pone de pie sorprendida, quizá alarmada por la mala apariencia de JUAN JOSÉ. A ella también le surgen los recuerdos.*

DOÑA FRANCISCA: Señor Fierro de Lugo. (La relación de ellos no permite abrazos de bienvenida, tampoco estrechones de manos.) Hágame el favor de sentarse. (JUAN JOSÉ se sienta, muy tenso. Pero ella, ahora, está terriblemente emocionada.) Ah. Mi niña Amanda. ¿Cómo murió? ¿Murió en paz? (Le corren las lágrimas.)

JUAN JOSÉ (con esfuerzo): ¿En paz? Sí. Acabó por hacérmelo creer. Pero han pasado más de dos años y he tenido tiempo de recordar su disimulo. Ciertos detalles. Trataba de ocultarme sus dolores..., finalmente el médico le recetó morfina. Los últimos seis meses. Entonces sonreía todo el día, me decía cosas agradables, me daba consejos, hacía disposiciones. También a usted la recordaba mucho, recordaba su generosidad, sus mimos. Me contaba su vida desde niña; su padre, el hermano de usted. En fin, todo lo que puede transmitirse de viva voz. Y un día murió

con la sonrisa puesta en los labios como una máscara.

*Quedan quietos. Pausa.*

DOÑA FRANCISCA: Supe que llegó y cuándo. Pasaron los meses y no vino. ¿Tiene ahora la intención de llevarse las cosas que dejaron en su parte de la casa? Todo está intacto. Los roperos se ventilan diariamente para que no se humedezca la ropa. Se cambia la cama. Tengo una india dedicada a eso. Si abandono los cuartos sentiré que Amanda muere otra vez. También se renueva y arregla el jardín. ¿Ha venido a buscar las cosas de Amanda?

JUAN JOSÉ: ¡No! No podría. Hay momentos que no pueden vivirse dos veces. En Cuba, cuando ella murió... bueno, no quiero ni puedo hacerlo otra vez.

DOÑA FRANCISCA: Amanda, en su testamento, lo nombró heredero universal, salvo un fideicomiso muy generoso que dejó a las hijas de usted y que religiosamente se les paga. Ella supo amarlo hasta en eso, señor Fierro. *(Él calla.)* Supe que gastó un poco de dinero en viajes, cuando ella murió. Pero usted, a su regreso, se fue a trabajar con su suegro, como antes. Y no ha tocado un centavo. Me enteré de la muerte de la señora Fierro.

JUAN JOSÉ: Así ocurrió. *(Pausa.)* Vengo a decirle algo que quizá es una impertinencia mía, no sé.

DOÑA FRANCISCA *(tranquila)*: Adelante.

JUAN JOSÉ: Ayer me pareció ver a una mujer con el vestido rosa de Amanda. Un vestido de seda, rosa profundo, inconfundible. La escuché decir que venía a Los Dos Mundos.

DOÑA FRANCISCA: No es posible. Ese vestido está guardado en un armario de caoba, de tres espejos, ¿lo recuerda usted? Está junto con los otros.

JUAN JOSÉ: Estuvo. Ya no está.

DOÑA FRANCISCA: ¿Adónde vio usted a esa mujer?

*JUAN JOSÉ se turba, no desea mencionar la hacienda ni la dueña.*

JUAN JOSÉ: En la selva.

*DOÑA FRANCISCA vuelve a sentarse, toca una campanita. Entra una muchacha india, en cuanto ve el rostro de DOÑA FRANCISCA, se asusta.*

DIODATA: Dígame usted, señora.

DOÑA FRANCISCA: Quiero saber quién entra en los cuartos de mi sobrina Amanda, además de ti, Diodata.

DIODATA: El jardinero nunca entra.

DOÑA FRANCISCA: ¿Quién ha entrado aunque sea una vez?

DIODATA: Sharon. *(Rompe a llorar.)* Y se llevó un vestido rosa. Dijo que nadie iba a darse cuenta. *(Angustiada.)* ¿No me va a mandar a las haciendas?

DOÑA FRANCISCA: Todo lo que está en esos cuartos es sagrado. Me entiendes. Si desaparece algo de esos cuartos, aunque sea un alfiler, la culpa la tienes tú. Y vas a las haciendas, claro. Con una carta que diga que robas ropa.

DIODATA: Prefiero que me pegue.

DOÑA FRANCISCA: No tengo tiempo de pegarle a nadie. Ve a buscar a Sharon y dile que quiero verla. *(DIODATA sale casi corriendo.)*

DOÑA FRANCISCA (*enojada*): Vaya.

JUAN JOSÉ *baja los ojos*. En su nublazón emocional empieza a vislumbrar el ángulo absurdo de su situación, pero le parece bien o menos malo guardar silencio. Entra SHARON con el vestido puesto. Como ayer, pero con los cabellos sueltos. Al ver a JUAN JOSÉ suelta la carcajada.

DOÑA FRANCISCA: Ese vestido, Sharon, es de la propiedad del señor Fierro de Lugo, como todo lo que está en esas habitaciones. Y para decirlo de buena manera, él ha venido a comunicarme que no está de acuerdo con que nadie toque esas cosas. Y mucho menos con que alguien use esa ropa.

SHARON (*sin parpadear, a JUAN JOSÉ*): Yo nunca pensé que esa ropa tenía dueño. Ni imaginé que a usted le doliera tanto darme un vestido. Es el único que tengo.

JUAN JOSÉ *a DOÑA FRANCISCA*, como el hombre de categoría que ha sido:

JUAN JOSÉ: Deseo que la señora devuelva el vestido para quemarlo, naturalmente. Y que se le compre otro, de mi dinero, claro.

SHARON: ¿No tiene otra cosa que decir? ¿Otra cosa que arda, queme o hiera? ¿No quiere llamar a la policía? (*Lo mira con furia y JUAN JOSÉ no le da los ojos.*) Ya se vio que no es por avaricia. Es por desprecio y repugnancia. Resulta que yo le doy asco.

*Empieza a quitarse el vestido a tirones, destrozándolo al mismo tiempo, hasta que se queda en una camisita escotada y translúcida, es la única prenda que lleva. Se quita los zapatos, recoge el vestido, hace un puñado de bella seda rosa y se lo echa encima a JUAN JOSÉ. Sale. JUAN JOSÉ rechaza el vestido, muy nervioso. DOÑA FRANCISCA lo recoge, lo dobla apenas, lo pone en un asiento.*

DOÑA FRANCISCA: Bueno. Pues ya vio usted lo que pasa cuando uno va a hacer reclamaciones a los burdeles. ¿No conoce usted a Sharon?

JUAN JOSÉ : Jamás la había visto antes de ayer.

DOÑA FRANCISCA: Es prima hermana del doctor Camden, amigo suyo y conocido mío. Ella suele venir aquí de vez en cuando, luego vuelve a La Naturaleza. Yo, en consideración a su familia, la trato bien. Pero tampoco le consiento que use el vestido rosa de Amanda. Servido.

JUAN JOSÉ (*se pone de pie*): Quizá hice mal en reclamarlo.

DOÑA FRANCISCA: Para mí, las cosas de Amanda son sagradas.

JUAN JOSÉ (*saliendo*): Gracias doña Francisca. Buenas tardes.

*Sale JUAN JOSÉ, descontento de sí mismo. DOÑA FRANCISCA agarra el vestido de AMANDA y lo estrecha contra su pecho.*

DOÑA FRANCISCA: Amanda, mi niña.

*Le corren lágrimas por las mejillas.*

*Oscuro.*

## ESCENA V

*Mismo día. Casa de SHARON y RAMÓN MIRELES. RAMÓN MIRELES está tendido en una hamaca con los ojos entrecerrados. Entra SHARON vestida con hipil y rebozo, se sienta en una mecedora.*

RAMÓN MIRELES: ¿Fuiste a Los Dos Mundos?

SHARON: Una noche. Luego fui a dejar la carreta y la mula a la casa grande. No había nadie. Pero antes de eso pasó algo. Yo me robé un vestido que fue de la señora Amanda, un vestido rosa. Me lo quise poner aunque fuera un día de lo mucho que me gustaba y lo tenía escondido en la casa grande, hasta que hubiera ocasión. Ayer llegó allá el señor Fierro de Lugo, a encargar ropa blanca y hamacas para las haciendas y yo... sentí algo. Algo malo, porque quise darle un disgusto muy grande. Si quería tanto a Amanda que echó a perder su vida por ella, seguramente reconocería el vestido. Y lo reconoció... Creo que se desmayó cuando me presenté con el vestido puesto. Y yo dije que iba a Los Dos Mundos. Y me fui. *(Silencio... MIRELES se mece suavemente.)* No es todo. Hoy se presentó a Los Dos Mundos el señor Fierro de Lugo, a hacer una reclamación. Me mandó llamar doña Francisca y me humillaron. Me arrancó el vestido de encima y se lo echó a él en la cara. Me quedé en camisa. Y así cubierta con un rebozo fui a dejar la carreta. Allá me puse el hipil. Y aquí estoy.

RAMÓN MIRELES: ¿Llegó bien la mula?

*SHARON quisiera reír, ríe, pero los sollozos le tapan la garganta. Empieza a llorar ruidosamente, sabemos que su llanto no tiene consuelo.*

RAMÓN MIRELES: ¿Te gustaba mucho el vestido rosa de Amanda?

SHARON: Sí. Me gustaba. Cuando me lo puse sentí la felicidad de ella, su perfume. Desde niña la veía en la ventana; luego, de lejos, en su parte de la casa, cuando iba a Los Dos Mundos. El día que se fue, ella y ese señor iban vestidos como reyes, pero tenían algo en los ojos, parecían ciegos. Quizá estaban ciegos...

RAMÓN MIRELES: Te gustó entonces su felicidad, no el vestido.

SHARON *(calla. Luego)*: Su felicidad no era de buena ley. Era mejor la nuestra cuando salimos de casa de mi mamá Melania.

RAMÓN MIRELES: La nuestra era aberrante. Según tu historia y la mía. Chiquilla de burdel con sacerdote. ¿Cómo ves eso?

SHARON: No lo veo. Lo olvidamos. Éramos tú y yo. Todavía somos tú y yo.

RAMÓN MIRELES: Sí, somos tú y yo. Pero yo sigo siendo cura y tu vas a Los Dos Mundos cuando quieres. No lo olvidamos.

SHARON: Nunca me has dicho que no vaya. Ni me has preguntado qué hago allí. Eres como mi familia: saben que soy lo peor, no esperan nada bueno.

RAMÓN MIRELES: Yo no merezco nada. ¿Cómo había de preguntarte?

SHARON: ¿Soy tu castigo entonces?

*MIRELES se levanta de la hamaca. La mira largamente.*

RAMÓN MIRELES: No. De ninguna manera. Has sido paciente, sufrida, amorosa, nunca has pedido nada. Es más, nunca has aceptado nada más de lo necesario. Cuando insistieron en darnos esta

casa, no quisiste comodidades. No quisiste una cocina. Por años anduvimos a salto de mata, hasta que tuvimos hijos. Muertos y vivos. Y eso se volvió imposible. Todo eso es bondad, temple, abnegación, esas son tus cualidades.

SHARON: Tuve miedo. Si vivo con un hombre que apenas viste para cubrir su cuerpo y usa alpargatas, no puedo pedir nada. Porque si me vieras en una casa grande, bien puesta, con montones de ropa, me dejarías. ¿Verdad? *(Pausa.)* Contesta.

RAMÓN MIRELES: Si te viera satisfecha con algo que no sea yo, te dejaría. Ese día no ha llegado.

SHARON *(con pasión en la voz)*: Ese día no llegará nunca. Perdóname, Ramón Mireles, porque cuando tú vuelves a tu oficio, yo vuelvo al mío.

RAMÓN MIRELES: Perdóname tú. *(Pausa.)* Yo me engaño y digo que se necesita un sacerdote; es cierto, porque la gente que yo veo está más allá de otra clase de ayuda. En realidad, encuentro allí otro Ramón Mireles, que no quiere morir. *(Se arrodilla al lado de SHARON y ella lo acoge con ternura.)*

SHARON: Ya nada tiene remedio.

RAMÓN MIRELES: Nuestros hijos. He pensado que pudiéramos mejorar su futuro con una acción. Y no sé cuál.

SHARON: Nuestros hijos nos quieren. Cuando se los di a Eusebia para que nadie pudiera decirles quiénes somos, estaban llorando. Lloramos todos, hasta Eusebia. Yo creí que habíamos hecho algo tan terrible que nadie podría pedirnos más.

RAMÓN MIRELES: Y están pidiéndonos más, ¿verdad? El asunto del acta de nacimiento. El señor Santander vino ayer a buscarme para hablar de eso. No sé qué hacer. Eusebia vino, también.

SHARON: Yo me negué; pero si aceptas, estaré de acuerdo.

RAMÓN MIRELES: Acepté pero no estoy seguro. Quizá hay otro modo... no sé qué modo. Toda decisión me parece errónea. Ese es el problema, una vez cometido un error, todo lo que sigue son disparates.

SHARON: ¿El error fue irnos?

RAMÓN MIRELES: No. Eso ya era un resultado. Yo había tomado un camino imposible para un sacerdote; había estado bordeando el escándalo por años. Fui a Los Dos Mundos a la semana de haber llegado. Apenas así encontré un poco de alivio: rompiendo mi alma en dos. Poco antes y también después estuve a punto de volverme loco.

SHARON: ¿Cómo es ese Ramón Mireles que no quiere morir?

RAMÓN MIRELES: Un seminarista sucio, con la sotana vieja, obligado por su pobreza a escoger esa profesión. Un seminarista sudoroso y maloliente, olvidado de sí mismo, empeñado en cumplir sus compromisos. Siempre con hambre, siempre en contra de sus compañeros, odiándolos por su insinceridad, por sus bromas y por sus porquerías. Alguien que quería cumplir para ser mejor, para no parecerse a ellos.

SHARON *(abrazándolo, en un intento de ligereza)*: Eres igual, pero ahora te bañas mucho.

RAMÓN MIRELES *(con una sonrisa)*: Esa es la diferencia profunda entre un hombre que tiene mujer y otro que está resuelto a no tenerla. Me baño mucho. Ni cuenta me había dado. Creo que he estado loco más de una vez.

SHARON: Yo también estoy loca. Sólo contigo, cuando todo te digo y nada te oculto, estoy tranquila. Eres mi vida buena y mi paz.

RAMÓN MIRELES: Gracias, Sharon. Seamos buenos un tiempo más. A ver si es posible.

SHARON : A ver si los demás nos dan permiso de ser buenos.

Oscuro.

## ESCENA VI

*Día siguiente, dos de la tarde. Sala de la casa del doctor APOLINAR CAMDEN. Discreta, de buen gusto. Mecedoras, mesa, entradas, una al cubo del zaguán, otra al resto de la casa. Toca con el llamador. Oímos la bella y espesa voz de LUGARDA.*

LUGARDA: Pase usted, doña Eusebia. Pero si viene desbaratándose de calor.

EUSEBIA (*entrando*): La verdad es que sí. No me valió ni el parasol. Y mira que sólo caminé dos cuabras. Le traje a don Apolinar las sábanas que encargaron. (*Deja el paquete afuera. Entra a la sala y se sopla con su propio abanico. Viene LUGARDA detrás de ella. LUGARDA es totalmente bella, con una ligereza y un encanto notables; habla muy bien, viste una bata de algodón estampado hasta media pierna y va descalza.*)

LUGARDA: Voy a avisarle a don Polo.

EUSEBIA: ¡Don Polo! Lo curioso es que así le dice todo el mundo a sus espaldas. Menos yo.

LUGARDA: Un momentico.

*Sale. EUSEBIA se sienta, se mece, se sopla. Entra el doctor APOLINAR CAMDEN. Alto, delgado, guapo a sus años, todavía con un tinte de hombre superior que es su segunda naturaleza. También con la limitación de haber sido, durante veinte años, maestro de niños, adolescentes y adultos, todos de la familia Santander.*

DON APOLINAR: Eusebia, buenos días. Hace meses que no nos vemos.

EUSEBIA: Ay, sí, don Apolinar. Desde que murió Chona usted no se deja ver por la casa de los Santander.

DON APOLINAR (*se sienta*): No por la mañana. Por la tarde voy un rato a darle clases a Sofía.

EUSEBIA: Ella no ha visto a su padre, ¿verdad?

DON APOLINAR: Todavía no, pero falta poco. Cuando tengo tiempo, me voy a El Mirar muy temprano, a conversar con Juan José. Lo estimo mucho, como tú sabes.

EUSEBIA: Yo sé que no es fácil juzgar al prójimo y por eso, si no es necesario hablar, pues...

DON APOLINAR: ¿Qué secreto nefasto vas a contarme?

EUSEBIA (*ríe*): Nefasto de veras. Algo que no se menciona, temo que usted me va a echar un regaño tipo Camden, como los de doña Melania.

*Entra LUGARDA con la charola, la jarra, los altos vasos de agua de frutas.*

LUGARDA: Es de marañón. Buenísimo. (*Vuelve a salir.*)

DON APOLINAR (*con su vaso*): Adelante.

EUSEBIA (*con su vaso*): Se trata de Sharon. (*DON APOLINAR pone el vaso en su sitio.*) Ya sé. No quiere

usted hablar de ella, porque prácticamente mató a doña Melania. Y nos dejó huérfanos a usted y a mí porque ella era tan protectora y tan inteligente. Yo sé eso, pero tengo que hablarle. (*DON APOLINAR verdaderamente sufre, así son los recuerdos de las personas muertas.*) Yo he tenido contacto con Sharon desde hace mucho tiempo. Primero desaparecieron unos tres años, luego llegó una india a La Naturaleza y me habló de una mujer rubia que vivía con un chiclero, en unas circunstancias de gran pobreza; había dado a luz y el niño había muerto. Me puse a buscarla y la encontré. No tenían más que un tejado y una hamaca. Él la dejaba sola mucho tiempo, sola y en peligro.

DON APOLINAR (*interesado*): No me digas que el chiclero era Mireles. (*Ella asiente.*) Y ¿qué hiciste?

EUSEBIA: Hice muchos ofrecimientos que no aceptó. Casa, ropa, alimentación. No quiso nada. Por fin se quedó con un rebozo y dos hipiles; estaba casi desnuda y cubierta de piquetes de mosco. Yo llegué al punto de ofrecerle algo de ropa para él y ella casi me pega. Desde entonces la vi con mayor frecuencia. Sabía donde estaba. Pero se embarazó de nuevo y entonces le ofrecí una casita, en realidad un solo cuarto, en tierras de La Naturaleza, pero muy oculto; ya cerca de la primera chiclería. Exigió la mayor pobreza. No quiso ni una cocina. Apenas lo necesario, un techo con paredes y un pozo. Tuvo un hijo y vivió. A los dos años otro. Entonces todo pareció cambiar. Aceptó alimentación para los niños, ropa para ellos. Y para mi asombro, les hablaba siempre en inglés, como doña Melania a ella, les enseñaba todo cuanto sabe, la pobre. Debo decir que Mireles les enseñó gramática, aritmética y también historia. Pero cuando tuvieron diez y doce años, no hubo manera de que los niños entendieran qué estaban haciendo ellos y sus padres en ese pedazo de selva, en donde las únicas diversiones son el atardecer y el amanecer. Entonces me los entregó Sharon.

DON APOLINAR: ¿Y no me lo dijiste? Son los nietos de mi tía Melania.

EUSEBIA: Pues no. A mi modo de ver, usted tenía derecho a olvidarse de Sharon.

DON APOLINAR: ¿Y tú no?

EUSEBIA: Yo no soy su prima. Doña Melania me adoptó ya crecida.

DON APOLINAR: ¿Adónde están?

EUSEBIA: Se los llevé a Julita y a Sebastián. Pero luego llegó Ilse Larsen y empezó con el negocio de los dulces y las pastas. Dijo que le gustaría que la ayudaran precisamente ellos y se pusieron de acuerdo. Todo ha salido bien. Son muy buenos muchachos, todo ha salido bien.

DON APOLINAR: Voy a estar como Don Sebastián Santander. Enojado porque los Cabrera adoran a los hijos ajenos. Me da gusto, Eusebia. ¿Cuál es el problema?

EUSEBIA: El problema es que los niños Cabrera Larsen se van a un colegio en Francia y la señora Ilse quiere que vayan con ellos los hijos de Sharon. Yo dije que podíamos enfrentar los gastos. Pero no es eso. Es el acta de nacimiento.

DON APOLINAR (*pensándolo*): Sin duda es un problema. Nunca he podido saber hasta qué punto es grave en este pueblo ser hijo natural. Ni tampoco cuál es la verdadera actitud hacia un cura que tiene hijos. Ni qué significa para los hijos.

EUSEBIA: Si me perdona el atrevimiento yo diría que es cuestión de raza y de clase. Hay una nube de hijos naturales, mestizos, por supuesto, que forman un grupo aparte, aunque todos conviven con ellos. Hijos de curas debe de haber y sin embargo, hablando del diablo le diré

una frase de don Sebastián Santander: si nadie sabe si Dios existe, ¿cómo vamos a saber si el padre Mireles es un pecador?

DON APOLINAR: Es lo más profundo que ha dicho en su vida.

EUSEBIA: Mireles está dispuesto a ir al registro.

DON APOLINAR: ¿Ven a sus hijos Sharon y Mireles?

EUSEBIA: No quiso Sharon. Se despidió de ellos hecha un mar de lágrimas y les dijo que debían irse para salvarse de una gran desgracia. Los niños también lloraban.

DON APOLINAR: Qué exactitud. Una doble desgracia. Con tener padre cura les bastaba, no necesariamente madre puta. Perdóname, pero he descubierto que Sharon me saca de quicio después de veintitrés años de no verla. Qué mujer más necia.

EUSEBIA: Así son los hijos de los sabios y viceversa.

DON APOLINAR: Los han perjudicado sólo con traerlos al mundo; ahora les van a poner su etiqueta.

EUSEBIA: Yo estuve a favor de que llevaran sus apellidos, si no es así toda la vida serán una especie de producto espurio.

DON APOLINAR: Como ya son en realidad. Quieres que sean espurios dos veces.

EUSEBIA: No estamos de acuerdo. Todo porque yo no creo en la castidad de los sacerdotes ni en la pureza de las madres de familia. Me parecen... requisitos sociales, de tal manera que todos nos hemos hecho de la vista gorda. Usted ha visto hijos de sacerdotes y yo también. Hijos de puta, sobran. Aunque sean de buena familia.

*DON APOLINAR está avasallado. Nunca se le había mostrado EUSEBIA bajo esa luz. La sabía discreta, inteligente, pero... la inteligencia, claro, es activa.*

DON APOLINAR: Es imposible ser inteligente y no pensar; ¿verdad Eusebia?

EUSEBIA (*quien no ha vuelto a su ser cotidiano*): Usted perdone, yo no pensaba hacer tantas declaraciones, y para ser franca, tiene usted muchos prejuicios bien arraigados y fuera de lugar, porque todo el mundo sabe que vive usted con su negra y también que el padre de Sharon era un negro.

DON APOLINAR: Alto allí, Eusebia. Tengo prejuicios pero vivo de acuerdo con ellos: Lugarda es mi esposa: desde hace siete años nos casó el padre Valencia. Pero no tengo interés en discutir con otras personas mi vida privada; ni es necesario, ni ella quiere tampoco. En cuanto a mi tía Melania, te diré que era una persona valiente y clara, así actuó toda su vida. Pero muéstrame cuándo se interesó ella por mujeres como Sharon. La Naturaleza está llena de mujeres y ninguna es así... o sea que eligió.

EUSEBIA: Cuando recibí La Naturaleza hace veintitrés años, encontré mujeres peores que Sharon. Algunas allí están, otras siguen llegando. (*Pausa. Los dos quedan en silencio. Ahora se recobra Eusebia.*) Disculpeme usted. Lugarda también. Me sobrepasé. Eso pasa cuando una no dice lo que piensa por un tiempo muy largo.

DON APOLINAR: No te disculpes. No estoy ofendido y entre viejos amigos debería existir más confianza. Debí habértelo dicho. Eso es todo... pero uno es celoso de sus amores.

EUSEBIA: Tampoco usted se disculpe. ¿En qué quedamos?

DON APOLINAR: No estoy tan seguro como estaba de que los muchachos no deban llevar el apellido de sus padres.



EUSEBIA: Yo tampoco de que deban llevarlo.

DON APOLINAR: Con esta conversación hemos hecho un razonamiento al revés. Merece quedar como ejemplo. Ya ninguno de los dos sabe nada.

EUSEBIA: Usted me dijo una vez que la ignorancia era la condición humana.

*Quedan quietos, pensando.*

*Oscuro.*

## ESCENA VII

*Diez de la mañana. Hacienda El Amanecer de SEBASTIÁN SANTANDER BRITO. Los establos; apenas la punta de un galerón que ahora, bien adaptado, alberga diez vacas. Vemos a SEBASTIÁN en camiseta, con la pala en la mano, acaba de sacar un montón de estiércol. Hay un gran árbol de zapote prieto y debajo, unos troncos que sirven de asiento. Como es costumbre, trabaja con SEBASTIÁN su hermano de leche, MARTÍN. El cielo es espléndido. Entra el doctor APOLINAR CAMDEN. Vestido a la rústica, según él: ropa blanca ligera, sombrero de paja de ala recta, botas altas o botines de suela gruesa.*

DON APOLINAR (*jovial*): Buenos días, muchachos.

SEBASTIÁN Y MARTÍN: Buenos días.

SEBASTIÁN: Ni se nos acerque, don Apolinar. Olemos a vaca que es un horror.

MARTÍN: Ya ni cuenta nos damos. Hubiera yo ido a buscarlo con el tílburí.

DON APOLINAR: Decidí venir hasta hoy en la madrugada, porque se me fue el sueño.

SEBASTIÁN: Vaya. ¿Quiere usted esperar a que nos demos una buena jabonada?

DON APOLINAR: No es necesario, Basti. El olor a vaca no me molesta. ¿Cuántas tienes ya?

SEBASTIÁN: Diez con becerro y dando leche. Esas son las que están aquí.

MARTÍN: Pero entre las preñadas y las chiquillas son veinte más. Y seis toritos que estamos vendiendo, todo es ganado importado.

SEBASTIÁN: Y que no nos den cuerda, porque seguramente don Apolinar no vino a vernos para hablar de vacas.

MARTÍN: Voy a traer dos baldes, para que te laves siquiera las manos.

*SEBASTIÁN asiente con la cabeza. Sale MARTÍN.*

SEBASTIÁN: Cuando empezó lo de las vacas, creí que Julita me iba a abandonar. Ahora, hasta le gusta la peste. Siéntese, don Apolinar.

*Se quita las alpargatas y camina descalzo.*

DON APOLINAR: Cada vez que vengo a visitarte, me asombro de la gran calidad que tiene tu vida. Y de la intensidad.

SEBASTIÁN: Será el trabajo. Me entusiasma el trabajo y a Julita también. Si no trabaja diez horas al día no es feliz. Y dice que se le va el sueño. ¿Sabe usted lo de la escolita?

DON APOLINAR: No sabía.

SEBASTIÁN: Una cosa de nada, en realidad. Pero sirve para que aprendan a leer y a escribir todos los que no sepan. Mis niños también. Estrellita es muy conversadora, como su mamá. Y Jerónimo... ¿a que no sabe usted a quién se parece?

DON APOLINAR: ¿A quién?

SEBASTIÁN (*riendo*): ¡A mi papá! Y tiene tres años. Es una ridiculez verlo tomar actitudes que nunca ha visto. La herencia es una pesadilla.

*Entra MARTÍN con dos baldes de agua, y un lienzo para secarse, unas alpargatas limpias.*

MARTÍN (*dándole el lienzo y las alpargatas*): Toma. Voy a decir que preparen algo para tomar. Sale.

SEBASTIÁN: Usted disculpe. (*Se arremanga los pantalones, se sienta, mete los pies en un balde, frota con una esponja. A lo largo de la escena se lava, se seca, se calza.*)

DON APOLINAR: Para nada. En mis tiempos, creo haberte bañado completito y a Julia también, cuando se escapaban al segundo patio a jugar tierra. A Martín también. Bueno, ya sé que no vas a preguntarme a qué vine por pura educación.

SEBASTIÁN: Ojalá no sea nada serio.

DON APOLINAR: Uf. Serio sí es. Y no me gusta andar con rodeos y menos contigo. Que tuviste aquí a los hijos de mi prima Sharon.

SEBASTIÁN (*sorprendido*): ¿Quién es su prima Sharon? Nunca la he oído nombrar.

DON APOLINAR: Eso te enaltece. Esos chiquillos que te entregó Eusebia hace unos años.

SEBASTIÁN: ¡Cómo! Nunca supimos que los arcángeles eran sobrinos suyos, ni que tiene usted parientes en este mundo.

DON APOLINAR: ¿Arcángeles?

SEBASTIÁN: Gabriel y Miguel.

DON APOLINAR: Mira tú qué descaro. Pues sí. Yo tampoco lo sabía, hasta que me cayó ayer esa lagartona de Eusebia, con la historia de las actas. Que si se llaman o no se llaman. ¿Te imaginas tú la rabia que sentí cuando me dijo que mis sobrinos circulan por las haciendas y yo ni siquiera los conozco? Claro, nos peleamos, pero no tanto como me hubiera gustado. Esa Eusebia nunca pisará el cielo y no está en la lista de los bienaventurados. Se ha paseado por nuestras casas guardando secretos y administrándolos según su criterio. Con razón no se casó. Debe de ser una sensación horrible, como estar casado con una tarántula.

SEBASTIÁN (*ríe a carcajadas*): A mí me hizo lo mismo. No deja de pensar en las actas como una maniática. Yo terminé por visitar a Ramón Mireles para ver si estaba dispuesto. (*Pausa.*) Y estaba, pobre hombre. Dispuesto y no convencido.

DON APOLINAR: ¿Ves cómo es ella? Te suelta lo de Mireles y no lo de Sharon. Pues este hombre se robó a Sharon cuando tenía catorce años y ya era una visita bien recibida en Los Dos Mundos. (*A Sebastián se le cae la esponja de la mano.*) Si tienes prejuicios, Basti, échalos a andar. Lo mismo me pasa a mí.

SEBASTIÁN *guarda silencio mientras se seca los pies. Finalmente.*

SEBASTIÁN: Tengo muchos y profundos prejuicios en contra de toda la gente. Los malos reconocidos y también los buenos. Mi vida está centrada en la familia y desconfío de todo el mundo. Usted es mi familia, por supuesto.

DON APOLINAR: Me sorprende. Entiendo que te horroricen las putas, por ejemplo.

SEBASTIÁN: Nunca he visto una bien de cerca. Ni he hablado con alguna. Pero soy hijo de una demente y del hombre más promiscuo de América. Y eso duele. Conociendo a los muchachos, esto me parece injusto. Dentro de poco, va a estar medio pueblo hablando de las actas, como si ellos fueran objetos en espera de la marca de fábrica para ser aceptados. ¿Por quién?, digo yo. Por unas personas cuya aceptación es algo de lo que todos podemos prescindir, porque no dependemos de ellas en grado alguno. Mire usted a mi padre, hace lo que quiere y no le pide el visto bueno a nadie. Y está próspero, saludable y divertido. Lo de las actas no me convence, ¿por qué no voy a poder yo darles mi nombre, por ejemplo? O Ilse Larsen, quien lo propuso desde el principio.

DON APOLINAR: Digamos que en ese caso me corresponde a mí ofrecerles un apellido que además es el suyo. (Pausa.) Pero eso fue precisamente lo que mi tía Melania hizo con Sharon. Le dio sus dos apellidos. Con eso, Sharon siempre se sintió mal. Su acta y la fe de bautismo dicen Sharon Davis Camden, de padre desconocido.

SEBASTIÁN: Estos son de padre conocido.

DON APOLINAR: Tanto peor. Además y para ser sincero, no quiero yo que los nietos de mi tía Melania formen parte de ese grupo socialmente inferior al que aparentemente están destinados por una razón o por otra. ¿Cómo son ellos?

SEBASTIÁN: Miguel es blanco, puede pasar por criollo; ahora me doy cuenta de que se parece a usted. Gabriel es, por raro que parezca, un mulato.

DON APOLINAR: Su abuelo era negro. Su madre es rubia, pero de ninguna manera blanca.

SEBASTIÁN: Aquí, eso es un agravante. Acuérdesse usted de mi cuñado Gervasio, de quien puede decirse que lo mató el mestizaje.

SEBASTIÁN *ya está calzado. Del agua del otro balde, saca para lavarse cara y manos. Se seca.*

SEBASTIÁN: Vamos a la casa para que Julia lo salude y vea usted a los niños. Todo esto es un disparate moral, social y racial. Su sobrina y Mireles van a ir a un infierno especial de los disparateros. Ese tipo de experimento no se les hace ni a las vacas ni a las yeguas.

DON APOLINAR: Ellas no son humanas.

*Salen.*

*Oscuro.*

## ESCENA VIII

Once de la mañana. Hacienda El Mirar, de don SEBASTIÁN SANTANDER ARGÜELLO. Estamos en la habitación donde trabaja JUAN JOSÉ FIERRO DE LUGO, yerno y administrador de DON SEBASTIÁN. El suelo es de piedra lisa, hay una mesa a la cual está sentado JUAN JOSÉ, varios sillones. En otra mesa más pequeña, una charola con una jarra llena y varios vasos. Muy austero todo, muy limpio. JUAN JOSÉ está entregado a su trabajo. Pantalón y saco suelto de lino, arrugados pero muy blancos. Entra RAMÓN MIRELES, vestido como un mozo cualquiera, de blanco con alpargatas. Debajo del brazo trae la sotana enrollada.

RAMÓN MIRELES: Buenos días, señor Fierro.

JUAN JOSÉ (*inmensamente amable*): Buenos días, padre Ramón. Qué milagro es éste, nunca se acerca usted a esta casa. Siéntese. (*Como es de rigor, JUAN JOSÉ sirve dos vasos de limonada y le ofrece uno, se sienta frente a él.*) Dígame en qué puedo serle útil.

RAMÓN MIRELES: Pues... quisiera saber si toda la buena voluntad que me demuestra es para el hombre o para el sacerdote.

JUAN JOSÉ (*después de una rápida reflexión*): Para el hombre, naturalmente. (*Sonríe.*) Para la esencia, no los atributos.

RAMÓN MIRELES: De haberme contestado lo contrario, me hubiera ido. O no sé. Porque no he cumplido con mis compromisos como sacerdote, ni siquiera como católico. (*JUAN JOSÉ no sabe qué actitud tomar.*) Soy el que se fue con Sharon Camden. (*JUAN JOSÉ, por supuesto, recuerda la historia del vestido. Calla.*) La saqué de Los Dos Mundos y la llevé a la selva, hace veintitrés años. A la pobreza y a la enfermedad, pero no al mal trato ni al desamor. Por supuesto, nuestras relaciones son absurdas. Pero, ¿cuáles no lo son? Es un código para dos. ¿No le parece?

JUAN JOSÉ: Sí. Es efectivamente un código que nadie tiene derecho a descifrar. No sabía su historia.

RAMÓN MIRELES: Ocurrió antes de que usted llegara. Pero hoy necesitaba hablar con un hombre que supiera cómo se vive una pasión. El otro día, hablando con Sharon, me acordé de usted. Y pensé que usted quizá tendría algo que decirme.

JUAN JOSÉ (*sencillo*): Entiendo que no tenga en quién confiarse. Y sí, he tenido una pasión. Estoy para servirle.

RAMÓN MIRELES: Gracias. No puede hacerse una acción de éstas sin dejar víctimas. Se tiene la voluntad libre, pero no la voluntad de herir a los demás. Nosotros, al irnos, hundimos en la pena a doña Melania Camden, y murió. Lo supimos tres años más tarde. Yo entonces me prometí que debíamos cuidar nuestras acciones de tal manera que no resultaran en perjuicio de nadie... Y engendré hijos. Como un loco que no ve lo que hace. Y los amé. Intenté educarlos. Gocé de sus gracias y de su inteligencia. Como un loco le digo a usted. Hasta que Sharon me los quitó y se los entregó a la familia Santander de El Amanecer. Por el bien de ellos, me dijo. En realidad para que no se avergonzaran de nosotros. Para que no fueran por la vida de insulto en insulto. (*Calla, conmovido.*) No he querido hacer amistades, no he querido ser reconocido. Nuestra vida es la selva, las haciendas, la chicletería. (*Parece muy cansado.*)

JUAN JOSÉ: Yo también dejé víctimas. Entre ellas mis dos hijas; también me separé de ellas. Es un error traer hijos al mundo cuando no estamos en disponibilidad de que nos posean.

RAMÓN MIRELES: Y ahora, señor Fierro, no sabemos qué hacer. Hemos pensado mucho: tratándose de nosotros se nos han ocurrido toda clase de incoherencias... hasta morir. Todo porque no nos atrevemos a presentarnos al Registro Civil a decir nuestros nombres y los de ellos, y así mancharlos.

JUAN JOSÉ: Son su carne y su sangre. Uno se mancha de sustancias ajenas a la propia. No se mancha cuando ama, por ejemplo. *(Silencio.)* Yo debo presentarle una disculpa. Ofendí a Sharon porque se puso el vestido rosa de Amanda.

*JUAN JOSÉ se tensa, se sacude bajo la mirada indescifrable de MIRELES, por fin solloza.*

RAMÓN MIRELES: Yo pensaba presentarle una disculpa de parte de Sharon. No llore así.

JUAN JOSÉ: Yo me porté mal. Con incompreensión, con altanería, con la pedantería propia de la gente que no ama a su prójimo.

RAMÓN MIRELES: Es usted la primera persona que he visto llorar porque no amó a su prójimo en un cierto momento. Todos tenemos momentos así. La provocación no era pequeña. Perdónela, más bien.

JUAN JOSÉ: La perdoné enseguida. No a mí mismo. Siga contándome, como si esto no hubiera pasado.

RAMÓN MIRELES: Estamos en un momento crucial. No hay marcha atrás, cuanto hemos hecho no puede borrarse, peor será todavía si no nos detenemos. El señor Sebastián Santander fue a verme para el asunto de las actas. Debo ir y, sin embargo, cada vez que pienso en eso, la tierra tiembla bajo mis pies. La verdad no es una diosa que presida las acciones del hombre. Es eso. Y no quiero ver a mis hijos de nuevo. *(Pausa, se sorprende.)* Ah. La verdad es que no quiero que me vean ni a Sharon tampoco, porque en estos cinco años habrán aprendido el funcionamiento del mundo, sus ojos nos van a decir quiénes somos y no podremos soportarlo porque ya lo sabemos. Y si nos miran, nos volveremos polvo. *(Se relaja.)* Ah. Ese era el nudo que tenía en el cerebro. ¿Me entiende usted?

JUAN JOSÉ: Ah, sí. Ampliamente. Yo tengo miedo de ver a mis hijas, de que ellas me vean. ¿Qué les voy a decir? *(Pausa.)* Sus hijos son los muchachos que viven en La Paloma desde hace un tiempo. O me equivoco.

RAMÓN MIRELES: Ellos son.

JUAN JOSÉ: Y antes estaban con Basti y Julita, ya los recuerdo. Son dos lindos muchachos. Deberían salir de aquí.

RAMÓN MIRELES: Claro. Pero para eso se necesita el acta.

JUAN JOSÉ: Eso es. Déjeme pensarlo, estoy seguro de que debe de haber alguna manera. No es bueno tomar decisiones apresuradas. *(Pausa.)* Quisiera preguntarle por qué sigue usted oficiando en las haciendas.

RAMÓN MIRELES: Creí que por caridad. He visto muchas cosas sin nombre, mucha miseria humana; me dejé tentar por la capacidad de acompañar, de consolar o de dar alguna alegría a las gentes. Ahora ya no sé si es... Por tantas razones poco válidas. Como pagar algo que debo. No recibo dinero. Sharon no está tan mal porque ve a Eusebia, quien al parecer tiene la obligación de protegerla porque es albacea de doña Melania Camden. Yo gasto lo menos posible.

JUAN JOSÉ: Tengo alguna familiaridad con el problema del dinero de las parejas. He conocido dos mujeres ricas: le convierten a uno en mendigo aunque trabaje para ganar su pan.

RAMÓN MIRELES: Mendigo. Así me siento. Mejor mendigo que villano, esa es la opción.

JUAN JOSÉ: Yo he sido villano y mendigo. Ahora no. *(Pausa.)* Voy a pedir alguna información sobre el problema. Y tendrá usted una opinión humilde.

RAMÓN MIRELES: Gracias. Quizá debí buscarlo antes, pero no sabía si le molestaría mucho mi presencia. También lamento no haber conocido antes al señor Santander. Ustedes son excepcionales. Pero quiero decirle algo: busque a sus hijas y haga buenas relaciones con ellas. Ellas son el futuro. Hasta luego.

*Sale sin dar la mano, como un subalterno. Pero se detiene en la puerta.*

RAMÓN MIRELES: Recordé de pronto un texto: «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo».

JUAN JOSÉ *(con aprehensión)*: Cuidado, cuidado con ese texto.

*Oscuro.*

## ESCENA IX

*Los Dos Mundos. Estamos en el jardín de AMANDA, en este jardín está la línea de comunicación entre las dos partes de la casa. Sigue siendo bello, pero la soledad lo ha vuelto mágico. Las mecedoras vacías, la mesita... y la espléndida y rebuscada vegetación. Entra el PADRE VALENCIA seguido por DIODATA. Él lleva sotana y un maletín para poner los santos óleos.*

DIODATA: Dijo doña Francisca que cuando usted terminara le pidiera que la esperara un momentito, en este jardín. Y que le ofreciera asiento para darle oportunidad de disfrutar la belleza.

*El PADRE VALENCIA ve todo con admiración. Se sienta.*

PADRE VALENCIA: Tenía razón doña Francisca. ¿De dónde salió tanta belleza, como dices tú?

DIODATA: De todas partes. Traen las plantas en barcos, de lugares lejanos. Asia, dijo doña Francisca y también creo que África.

*Entra DOÑA FRANCISCA, apresurada, traje de calle, mantilla, fuerte olor a almizcle.*

DOÑA FRANCISCA: Vaya, perdone, padre. Espero no haber abusado de su bondad. Me dicen que alcanzó usted a darle a don Teófilo los santos óleos.

PADRE VALENCIA: Apenitas. Se arrepintió y confesó. Valió la pena la carrera, vine en pantuflas. ¿Para qué soy bueno?

DOÑA FRANCISCA: Diodata, ve a limpiar los cuartos de la señora Amanda hasta que reluzcan. Luego los vuelves a limpiar con agua de rosas. *(Sale DIODATA.)* Padre Valencia, estoy enterada de un problema y necesito su ayuda. Se trata de los hijos de un sacerdote, dos muchachos de quince y diecisiete años; no tienen fe de bautismo ni acta del Registro Civil. Los padres tienen horror de hacer público el asunto en perjuicio de los hijos. En mi experiencia, los únicos capaces de dar soluciones son ustedes. Tienen práctica.

PADRE VALENCIA: A propósito de este asunto fue a verme el señor Fierro de Lugo. Muestra especial interés en solucionarlo. Esos muchachos tienen unos protectores muy especiales. ¿Quién es la madre?

DOÑA FRANCISCA: Sharon Camden. Prima de don Apolinar, a quien sin duda conoce.

PADRE VALENCIA: Lo conozco. Uno de los pocos caballeros que existen en este pueblo. Ciudad capital, digo. ¿Y cómo fue a dar la prima del doctor Camden con ese sacerdote? ¿En la iglesia?

DOÑA FRANCISCA: Aquí, en Los Dos Mundos. Ella venía de vez en cuando. Era una chiquilla tremenda, tenía catorce años.

PADRE VALENCIA: Ah. Entonces se trata del padre Mireles, a quien substituyo. Y quiere usted que se me ocurra lo que ya se me ocurrió; a mí y al señor Fierro de Lugo.

DOÑA FRANCISCA (riendo): Así es.

PADRE VALENCIA: Es usted la razón de la sin razón. Seguramente tienen prisa. Vamos a ver. (Se levanta.)

DOÑA FRANCISCA: Pase usted por aquí. No quisiera nunca salir de este jardín. Aquí está el alma de Amanda todavía. Bendita sea.

PADRE VALENCIA: Amén.

*Salen por el lado opuesto de donde entró el padre con DIODATA.*

*Oscuro.*

## ESCENA X

*La Naturaleza. Pórtico frente a la casa. Las cinco de la tarde. SHARON está sentada en un butaque, viste hipil y rebozo. Mira el cielo, de azul profundo. Se oye ruido de cascos, una carreta. Aparece EUSEBIA con un paquete bien envuelto.*

EUSEBIA: ¿En qué estás pensando, Sharon?

SHARON: En el cielo. En que la noche avanza caminando como una persona.

EUSEBIA: Esto es para ti, te lo mandó doña Francisca. ¿Ya te hace regalos?

SHARON (empieza a impacientarse): No sé de qué se trata. No me hace regalos. Antes no cobraba por mí, eso es todo.

EUSEBIA: Qué generosa. Qué lindo detalle, ese. No me lo imaginaba. Se ve que su alma es delicada... Y cuidadosa, eras menor de edad. (SHARON abre el paquete. Es un suntuoso vestido rosa, en nada parecido al de AMANDA.) Mira qué belleza. (EUSEBIA piensa en este momento como la buena costurera que es.) Y tan bien hecho. (Le busca la etiqueta.) Es de París. (SHARON ve el vestido con arrobamiento.) ¿Qué? ¿Vas a debutar en Los Dos Mundos? (SHARON encuentra un papel doblado, se lo tiende a EUSEBIA.)

EUSEBIA (leyendo): «Sharon, este es el vestido que compré con autorización del señor Fierro de Lugo, para que substituyas el de Amanda». ¿Qué quiere decir esto? ¿Ya recibes ropa de los hombres?

SHARON: Nunca me han comprado nada y ahora tampoco.

EUSEBIA: ¿Y qué quiere decir esto?

SHARON: Lo que dice. (EUSEBIA vuelve a leer el papel.) ¿No lo entiendes?

EUSEBIA: Ten la bondad de explicarte bien, no quiero enigmas. Ese vestido rosa con el que te presentaste, ¿era de Amanda? Ese hombre se desmayó al verte. Te lo robaste de Los Dos Mundos.

SHARON: Ojalá estuviera aquí mi mamá Melania para que te oyera llamarme ladrona. Ni siquiera acepto lo que me pertenece.

SHARON *dobra el vestido cuidadosamente, lo mete en su caja.*

EUSEBIA (*alterada*): No te vayas sin decir la hora y el día en que Ramón Mireles y tú pueden ir al Registro. Para avisar a La Paloma; tienen que estar presentes tus hijos y cuatro personas que sirvan de testigos.

SHARON *pierde la fuerza, se agarra de un butaque.*

SHARON: No puedo resolverlo sin autorización de Ramón. Pero no quiero verlos. Ni a ellos ni a esas personas tan admirables de La Paloma y de El Amanecer. Trabajan como bestias y se portan como reyes. Como mi mamá Melania. Quisiera vomitar nada más de imaginarme con qué cara nos iban a ver a Ramón y a mí. ¿No lo has pensado? Y delante de nuestros hijos. ¿Qué creen todos que somos? ¿Vacas o puercos?

EUSEBIA: No se trata de eso.

SHARON: Claro que no. Nosotros no importamos. Yo adoré a mis hijos y te los di. ¿Te acuerdas con qué airecillo de triunfo te los llevaste en tu carreta? Y nosotros nos quedamos solos. Solos hasta la desesperación. Sin ganas de comer, ni de hablar. Los niños lloraban. ¿Cómo iban a entender que sus padres tan queridos por ellos los regalaran para satisfacer la opinión pública? Y, ¿tú crees que yo tengo fuerza para que me vean, ahora que ya aprendieron lo que es la vergüenza?

EUSEBIA: Esa es la situación. Yo me siento incómoda.

SHARON: Qué elegante. La señora se siente incómoda. Así has visto pasar las desgracias ajenas, con incomodidad.

EUSEBIA: Y si Ramón Mireles se niega, ¿Qué vas a hacer?

SHARON: Lo que él quiera. Porque me dio todo y yo también. Y ese todo es más grande de lo que se dan las personas normalmente. Eso no lo entiendes.

*Pausa. Se oye el ligero ruido de las ruedas de un tálburi. Antes de que puedan reaccionar, entra DON APOLINAR CAMDEN, con naturalidad.*

DON APOLINAR: Eusebia, buenos días.

*Ve a SHARON. Si no fuera por los cabellos no la reconocería. Ella tiene los ojos en el suelo. Por la mente de DON APOLINAR pasa la muerte de DOÑA MELANIA, entre otras cosas. Se sienta sin quitarle los ojos de encima.*

EUSEBIA: Voy a traerle algo. Tendrá calor.

DON APOLINAR: No necesito nada. Estoy pensando, Sharon, que una de las cosas que faltaban en mi vida, era encontrarte.



SHARON: Si es para insultarme, estoy preparada.

DON APOLINAR: Quiero preguntarte si te enteraste de la muerte de tu madre. ¿Te enteraste?

SHARON: Ella estaba enferma, todos los sabíamos. No me enteré. No estuve a su lado. No la enterré. Pero lloré cuando lo supe. Entonces yo vivía en la selva y se me habían muerto dos hijos. Y no tenía ropa ni comida. Así me enteré.

*DON APOLINAR, por primera vez en su vida, piensa que SHARON merece un tipo de respeto. Se frota la frente con los dedos, acodado en el butaque.*

DON APOLINAR *(finalmente)*: Ella hubiera querido para ti cosas mejores y hubiera podido tenerlas, ¿te das cuenta?

SHARON: Nunca quise ser como ella, ni como Eusebia.

DON APOLINAR: Pudiste encontrar un esposo. Tener tus hijos en la abundancia.

SHARON: Nadie me dijo que esperara un esposo. No sé cómo me dice eso. ¿Cuándo alguno de ustedes pensó en los hijos y en la abundancia? Usted cree que todo fue por lujuria.

DON APOLINAR: Se me ha ocurrido.

SHARON: Fue más por odio que por lujuria. Para demostrar que no debí haber nacido.

EUSEBIA: Y quieres que tus hijos sientan eso.

DON APOLINAR: Eso no se usa en El Amanecer. Todos festejan haber nacido.

SHARON: En La Paloma hubo uno que se mató por haber nacido.

DON APOLINAR: Era un ingrato, como tú. Creo que me voy, Eusebia, vengo en el tílbur de Basti Santander. No tengo nada que aportar sobre ese asunto. Quería hacer las paces contigo.

EUSEBIA: Están hechas.

SHARON: ¿Por qué no le dices lo del vestido?

EUSEBIA: Sharon, si no te largas con todo y tu vestido, voy a darte de escobazos.

SHARON *(a DON APOLINAR)*: Me robé un vestido de Amanda. Me vio Juan José Fierro y lo reconoció. Se desmayó. Luego, el buen señor fue a quejarse con doña Francisca y entre los dos me humillaron. Él, que no puede soportar el hecho de ser como los demás y no mejor, le dijo a doña Francisca que me diera un vestido nuevo y quemara el de Amanda. Contentos los dos, creo. *(Agarra el paquete.)* Y voy a estrenar vestido.

*Los dos enmudecen. Sale SHARON.*

DON APOLINAR: No ha cambiado. Todavía tiene catorce años.

EUSEBIA: Usted y yo tampoco hemos cambiado. Todavía tiene Sharon el poder de matarnos de vergüenza.

*DON APOLINAR asiente.*

*Oscuro.*

## ESCENA XI

*Media hora después. Casa de SHARON y RAMÓN MIRELES. Ella está acabando de ponerse el vestido rosa, las zapatillas de raso. No tiene espejo. Se recoge el pelo. Entra RAMÓN MIRELES y la ve desde la puerta. Le gusta verla. Además la ama.*

RAMÓN MIRELES: ¿Vas a Los Dos Mundos?

SHARON: No. Es para ti. ¿Te parece mal?

RAMÓN MIRELES: Nada mal. Siéntate en esta mecedora y yo frente a ti. *(Pausa.)* Como si yo fuera una visita que nunca he sido. No sé lo que es visitar a una mujer normal y libremente. Y tú tampoco, nunca has recibido la visita de un hombre que te ame. *(Ella se sienta, atenta.)* Los hombres, según parece, llevan flores, o más bien las mandan. Piensa que te he mandado un ramo de flores. *(Ella obedece.)* Piensa en el ramo de flores. Así. Que yo soy un hombre con esperanzas de ser tu elegido. Eso es verdad. Soy tu elegido. No un mendigo miserable, un hombre bien vestido que nunca he sido. Bien calzado, no con estas alpargatas indignas. Un hombre que se permite tener vanidades y fantasías. No uno que renunció para siempre al dinero. Y tú eres mi querida Sharon, con quien yo pudiera, por ejemplo, bailar. Nunca he bailado y tú tampoco, mi niña. Porque cuando te conocí eras, a pesar tuyo, una niña y no sabías bailar. No sabemos bailar. Te llevaría en un barco italiano, cruzando el mar. A Cuba, como aquellos que viste, a vivir la pasión.

SHARON *(sin abrir los ojos)*: Ella llevaba una capa de seda y un sombrero pequeño, con un velo azul.

RAMÓN MIRELES: Vámonos, Sharon. No abras los ojos. Cómo se te pudo ocurrir que debíamos quedarnos aquí, complaciendo a los que no nos interesan. Párate y vámonos. *(SHARON se levanta, le extiende las manos y MIRELES las toma. Él tiene el sombrero puesto, la sotana bajo el brazo, la mira, la abandona. Parece un sirviente que guía a una dama ciega.)* ¿Me sigues?

SHARON: Sí. Ciegos, como aquellos. Prométeme que no volveremos nunca. Tiene que haber una vida y un lugar para nosotros. Sin burdeles ni buenas familias.

RAMÓN MIRELES: De hoy en adelante, somos otros. Ciegos, sí, pero otros.

SHARON: Quizá olvidemos todo.

RAMÓN MIRELES: Todo, Sharon. Ahora sí de verdad, sin que estorbe la juventud, por ejemplo.

SHARON: ¿Quieres que me cambie?

RAMÓN MIRELES: No. Vamos como estás y sin decir adiós.

SHARON: No hay nadie a quien decirle adiós.

*Salen. Nunca se sabrá donde fueron. Nadie volvió a verlos.*

*Oscuro.*

## ESCENA XII

*Varios días después. Diez de la mañana. El Amanecer. SEBASTIÁN SANTANDER y MARTÍN trabajan con las palas, frente al establo. Un espeso sonido de monte; fuertes los colores, mucho calor. Entra DON APOLINAR, con alguna prisa.*

DON APOLINAR: Buenos días Basti. Martín. Vengo a visitarlos y a sacarlos de su bienaventuranza. SEBASTIÁN: ¿Qué ocurre, don Apolinar? Está usted pálido.

DON APOLINAR (se acomoda en un tronco): Así me siento, pálido. Pues mira, hay noticias curiosas. Sharon y Mireles no aparecen. Desaparecieron de La Naturaleza sin dejar huellas. Abandonaron sus animales y ese horror de casa que les dio Eusebia.

SEBASTIÁN: ¿Quiere usted que demos la voz de alarma en las haciendas? A fin de cuentas, aquí no es tan fácil perderse.

DON APOLINAR: Tienen derecho a perderse. Pleno derecho. Y otra cosa. Hoy por la mañana recibí esto. (Saca un sobre y se lo tiende a SEBASTIÁN.) Son dos certificados del padre Valencia. Fe de bautismo se llama eso y tiene valor oficial. Dice que esos muchachos son hijos de Apolinar Camden y de Lugarda Palomo de Camden. Mi esposa.

MARTÍN: ¿Se casó con Lugarda?

DON APOLINAR: Hace siete años. Venía al caso.

*SEBASTIÁN revisa los papeles por los dos lados.*

SEBASTIÁN: Estoy muy asombrado. Tanta noticia junta. Esta es la solución. (Pausa.) ¿Cómo se le ocurrió? Casarse con Lugarda, digo.

DON APOLINAR: Heredé de mi tía una debilidad por los negros. (Sonríe apenas.) Y un muchachito es mulato, se los van a creer.

SEBASTIÁN (devuelve los papeles): ¿De quién fue la idea?

DON APOLINAR: No sé. Pero es algo lógico, finalmente. La sangre es sólo lo que corre por las venas. Ellos podrán vivir con naturalidad. Los que se perdieron, también. (Mira hacia arriba.) Algo pasó por el cielo, como un eclipse.

SEBASTIÁN: Vamos adentro.

*Salen. SEBASTIÁN toma del brazo a DON APOLINAR y MARTÍN los sigue cargando las palas. Una luz intensa. Frigor de pájaros. Oscuro.*

FINAL DE LA OBRA